



PAPÁ DICE QUE UN BALANDRERO NO SIGUE A NADIE más que al río. Los balanderos son libres.

Cuando salí de la oficina del supervisor del puerto, supe que eso no era cierto. El pergamino que sujetaba con fuerza en la mano me lo decía. Me agobiaba.

–Naturalmente, te escoltaré hasta el muelle –dijo el comandante.

Parecía tener tantos deseos de escoltarme como yo de que me escoltara. Supongo que estaba ansioso por marcharse de una vez con su compañía, a cumplir con sus importantes obligaciones en Akhaia.

–Es probable que no llegue muy lejos, incluso si salgo ahora.

Prácticamente no había viento cuando llegamos a Atalaya de Hesperia –añadí.

–¿En serio? –preguntó el comandante frunciendo el ceño.

Una brisa fresca del este enfrió el sudor de mi frente.

–Qué raro –dije–. El viento cambió. Sopla del este, desde el mar.

Por un momento, creí que podía oler la sal en el aire. Pero eso era imposible. Atalaya de Hesperia estaba tierra adentro, muy lejos de la costa.

Levanté la cabeza para mirar de frente al comandante.

–No me iré sin despedirme.

Estaba segura de que iba a negarse, pero no fue así.

–Tu padre está en el calabozo. Te espero de regreso en cinco minutos.

Encontré a Fee fuera del calabozo, en cuclillas, con los dedos de sus pies palmeados extendidos sobre el césped. Sus ojos brillaban tenues en la oscuridad, como dos esferas vidriosas.

–Me voy a Valonikos –dije y casi no podía creerlo yo misma–. ¿Vendrás conmigo? ¿Por favor?

Su acuerdo era con papá, no conmigo. Francamente, no sabía qué iba a hacer si me decía que no. Una persona sola puede navegar una balandra, pero son barcos diseñados para una tripulación de al menos dos.

Se puso de pie de un salto y me dio un empujoncito con el hombro, tocándome apenas por encima del codo. Los hombres-rana no son gente alta.

–Ayudo –dijo.

–Gracias, Fee –le respondí–. No puedo hacerlo sin ti.

El calabozo era una choza húmeda y oscura con el techo bajo. Al entrar, casi me golpeé la cabeza contra el farol que colgaba de una viga. El lugar apestaba a sudor y moho, y dudaba de que la paja compactada del suelo estuviese limpia. Barrotes de hierro oxidado dividían la



habitación en dos celdas. La primera estaba vacía. Papá estaba sentado sobre un taburete de tres patas en la segunda celda, con el abrigo desabrochado que caía a su alrededor.

Levantó la vista al oír que la puerta se cerraba. Tenía un ojo enrojecido pero, aparte de eso, parecía estar completamente a gusto. Me invadió una oleada de alivio. Corrí a arrodillarme junto a su celda, sin que me importara si la paja húmeda y podrida me ensuciaba el pantalón.

–Pa, no te enfades conmigo –las palabras salían a borbotones de mi boca–. Le dije al comandante que yo lo haría.

Sujetó con fuerza los barrotes.

–Caro, no. *No*.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y se me hizo un nudo en la garganta.

–Iban a enviarte a un barco-prisión. Y a llevarse el *Cormorán*...

Le expliqué lo que había sucedido. Cuando estaba terminando, mi voz se fue apagando hasta fundirse con el silencio de la oscura habitación.

Papá se frotó el mentón, con el rostro inusualmente inexpresivo. Me preparé para una reprimenda. Había sido imprudente. Estaba poniendo en riesgo su vida y la mía, y el *Cormorán*. Pero no dijo nada.

–No crees que esté lista –me atreví a susurrar mis dudas–. Dijiste que cuando mi destino viniera por mí, lo sabría –levanté el mentón–. ¿Y si este es mi destino?

Papá y Fee cruzaron una mirada.

–Oh, Caro. Claro que estás lista –bajó la vista y se miró las manos–. Quizás soy yo quien no está listo.

–Ese cúter no conoce las tierras fluviales. Pero yo sí –me sorbí la nariz–. Creo que casi tan bien como tú. Sé que intentabas protegerme cuando le dijiste al comandante que no llevarías el cargamento –me



toqué el bolsillo, donde había guardado la patente de corso—. Pero puedo hacerlo.

—No es precisamente el encargo más fácil —dijo papá con un suspiro—. No es lo que hubiese elegido para tu primera entrega sola. Supongo que es demasiado tarde ahora. ¿Ya firmaste el contrato?

Asentí.

—Espero que lo hayas leído al derecho y al revés, ¿no?

—*Pa* —puse los ojos en blanco.

El comandante llamó bruscamente a la puerta. Mis cinco minutos casi habían terminado. Me restregué los ojos con el suéter, para que no viera que había estado llorando.

Papá miró la puerta con furia.

—¡Sí, señor, que entre! Me gustaría decirle un par de verdades —miró por un instante a Fee y luego su mirada volvió a centrarse en mí—. Caro, escucha. Lo que tienes que saber acerca de los dioses es que pueden ser pícaros. No estés apresurada por que tu destino venga a visitarte. Puede no ser lo que esperas.

—¿Qué quieres decir?

—Un dios hará... —vaciló—. Lo que quiera. No se lo puede forzar, ni apresurar —parecía querer decir más, pero solo negó con la cabeza—. Bueno, lo hecho, hecho está.

No sabía bien cómo interpretar sus palabras.

—No más lágrimas, señorita. Eres una Oresteia —papá tomó mi mano a través de los barrotes y la sacudió. El peso que sentía en el pecho se aligeró—. Entrega ese cajón. Toma la ruta del río hacia el norte, pasando Doukas. No te metas en Iantiporos ni en el canal. Esa parte de la costa está llena de piratas. Y no amarres en ninguna ciudad. Si necesitas ayuda —agregó a regañadientes—, pídesela a la familia de tu madre.

Arqué las cejas. Papá no siempre se entendía con ellos.



–Bueno, como último recurso, al menos –dijo–. Mira, ¿esa patente de corso? No debes usarla a menos que sea una emergencia. Intenta llamar la atención lo menos posible. Andar mostrando ese papel no logrará otra cosa más que hacer que te maten, sin importar lo que diga ese comandante.

Yo solo asentía, aunque sus palabras corrían por mi cuerpo como lluvia. Doukas. Esconder la patente. Nada de ciudades. Abrumada por la conmoción de esa tarde, apenas podía asimilar todo.

–Puedes hacerlo, Caro –dijo papá con firmeza–. Escucha bien lo que te digo: prefiero que el *Cormorán* esté en tus manos que en las de cualquiera de los balanderos que están en el Empalme.

–¿Incluso las del capitán Krantor?

–Sí, señor, incluso las tuyas. Él no es un Oresteia. Tú sí.

Un recuerdo vino a mi mente. Yo tenía siete años y escuchaba a papá contar historias, sentada con las piernas colgando del asiento de la bañera. Podía sentir mi cabello tirante, recogido en dos pequeñas coletas a cada lado de mi cabeza. Estábamos navegando por el Manantial de Nemertes y el viento del mar me golpeaba el rostro.

Había una gaviota junto a mí, posada en la barandilla, con las plumas infladas. Me observaba con un brillante ojo negro.

“Tu bisabuela una vez pasó cuatro barriles de ron de contrabando a través del jardín trasero del supervisor del puerto de Siscema”, había dicho papá, con la mano relajada sobre la caña del timón. “Porque era suficientemente audaz. Mi padre se enfrentó a una pandilla de bandidos del río con solo un cuchillo y una sartén, y vivió para contarlo. ¿Y cómo?”. Papá me señaló. “Era suficientemente audaz. Durante la guerra, fueron personas como los Oresteia y los Krantor quienes cruzaron los bloqueos con sus balandras. ¿Y sabes por qué?”.

Había oído esta historia muchas veces.

“Porque los Oresteia eran suficientemente audaces”.



Me hincó y me hizo reír.

“Sí, señorita, estás en lo cierto”.

Cerré los ojos y me concentré en el recuerdo, mientras el mundo daba vueltas a mi alrededor. Sabía cómo leer una carta náutica, cómo tomar rizos y arriar la vela. Tenía las habilidades necesarias, pero nunca había navegado al *Cormorán* sin papá. ¿Acaso era suficientemente audaz?

–El viento cambió –dijo él, y me trajo de vuelta a la realidad.

No le pregunté cómo lo sabía, metido en esa diminuta celda que solo tenía una ventana cerrada. El dios que está en el fondo del río le decía cosas como esa.

Se recostó contra la pared y cerró los ojos, relajado.

–Y así llega –susurró–. No puedo detenerla.

Antes de que pudiese preguntarle qué quería decir, el comandante Keros apareció en la puerta.

–Hora de irnos.

Salí tambaleándome hacia la noche llena de humo. Fee caminaba en silencio a mi izquierda. Su presencia era como la calma tras una dura tormenta. Al menos, no estaba completamente sola.

Afuera del Empalme, vi las siluetas de varios balandreros reunidos en la calle. Alguien había prendido una pipa y sus cenizas eran como un solitario manchón de luz, mientras otros hombres hablaban en susurros. Por un momento, me permití imaginar que el capitán Krantor o la capitana Brixton podrían intervenir. Todos teníamos pistolas, y la unión hace la fuerza. Podíamos asaltar el calabozo. Podíamos rescatar a papá.

Toqué la patente de corso que tenía en el bolsillo y me di cuenta de que era una esperanza tonta. Los balandreros tenían sus propios problemas. Y yo, por mi parte, había firmado un contrato. Debía ir a Valonikos.



El inspector del muelle había cargado el cajón en un bote de remos, junto con una cesta con provisiones.

–Mi esposa hizo el pan esta mañana. También hay café y lo poco de mantequilla que pude rejuntar.

Desatracó del noray del muelle y apuntó el bote hacia el *Cormorán*. El comandante iba sentado en la bancada trasera y se veía aburrido.

Fee y yo caminamos en silencio de regreso a nuestro chinchorro. Ella nunca decía mucho de todos modos y yo estaba demasiado ocupada repasando todas mis preguntas y preocupaciones en mi cabeza. Cuando llegamos remando, el bote de remos del inspector ya estaba esperándonos, meciéndose perezosamente en la sombra que proyectaba el *Cormorán*. Lo ignoré mientras me fijaba en la disposición de los cabos y el equipamiento sobre la cubierta, y bajaba para inspeccionar la cabina y la bodega de carga. Nada parecía fuera de lugar. De todos modos, me molestaba la idea de que alguien hubiese estado hurgando a bordo de nuestra balandra sin autorización.

Los hombres amarraron cuerdas alrededor del cajón y lo subieron a cubierta. No parecía nada especial. Era solo un áspero cajón de madera para embalaje con una lona que lo cubría.

Simulé golpear mi cadera contra el borde de la caja. No se movió. Lo que fuera que contuviese, era pesado.

Quizás era oro. Un cajón lleno de tesoros sin duda era suficiente para atraer a los Perros Negros. Pero recordé lo que había dicho Thisbe Brixton. *Ni siquiera se llevaron nada*. Entonces no era oro.

–No debes abrirlo –dijo el comandante con seriedad–. De hecho, será mejor para ti si nunca lo tocas. ¿Comprendes?

–Entonces ¿jamás sabré lo que estoy transportando?

–Señorita Oresteia, firmaste un contrato.

¿Eso estaba en el contrato? Supongo que debería haberlo leído con más atención, pero era demasiado tarde para discutir al respecto



ahora. El comandante se despidió de mí con tono seco y bajó al bote de remos sin decir otra palabra. Pero el inspector del muelle vaciló antes de bajar la escalera de cuerda.

Me tomó con fuerza de la muñeca y yo inspiré, sorprendida.

–Diric Melanos es un asesino –dijo en un susurro apremiante–. Y un traidor. Mantente alerta. El *Victorianos*, de Iantiporos. Tiene velas blancas y pintura azul. Solo llevaba izadas la mayor y una trinquetilla cuando yo lo vi –me soltó la muñeca–. Que la corriente te guíe.

